

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 22 de Marzo

Núm. 12

Año XI. No. 484

SUMARIO

Unamuno en España.....	Luis de Zulueta	Carta del Sr. Jiménez de Asúa al Sr. Unamuno.....	Augusto Arias
La Habana, ciudad alegre y cordial.....	Mario Santa Cruz	Hoja de álbum.....	Juan del Camino
Carta abierta.....	Julieta Puente	El imperio del aire es tan funesto como el de la electricidad.....	Rómulo Bentancourt
A propósito de la novela <i>Voluntad y Redención</i> de Julieta Puente.....	Juan Marinello, Juan R. Ramos R. y M. M. Morillo	Panorama de los movimientos estudiantiles de Latino-América y sus proyecciones (y 2).....	A. H. Pallais
Detrás de Primo caerá Mussolini, nos dice Palacios. Jóvenes poetas.....	Roberto Brenes Mesén	Dos baladas.....	Cornelio Hispano
Un artista costarricense.....	Blanca Milanés	En el monte Sacro.....	
El triunfo de la verdad.....	S. Pérez Triana	Carta de Bolívar a su maestro don Simón Rodríguez.	
Dos novelas de Máximo Soto Hall.....	Justo A. Facio	Bibliografía titular.	
El retorno de Unamuno.....	Alberto Insúa	Tablero (1930).....	

¡Albricia, Alvar Fañez, ca echados somos de tierra, mas a gran honra tornaremos a Castiella!

(Poema de Mio Cid, Cantar del Destierro.)

¡Albricia! ¡Sí, albricia!... ¡Tú, Alvar Fañez, el de siempre, el español cabal, el eterno, lo mejor de la raza; el varón leal, entusiasta, abnegado, justiciero; el que, en el siglo XI, anteponiendo la ley al Rey, seguiste al Cid en el destierro, y ahora, en el siglo XX, te sentiste espiritualmente al lado de Unamuno en la expatriación!...

¡Albricia, Alvar Fañez! Ya pisa don Miguel la tierra española. «¡Oh, mi Vizcaya marina!...» Vuelve a los soportales de aquella plaza Nueva de Bilbao, perfumados por el recuerdo de las magnolias de su mocedad. Regresará otra vez a las arcadas churriguerescas de la plaza Mayor de Salamanca, doradas por el sol de su madurez.

Helo ahí, en su Bilbao, la invicta, donde él, en sus primeros años, vió caer las granadas del bombardeo carlista, bélico cerco del absolutismo y de la teocracia, siempre dispuestos a renovar, aun sin cañones, el asedio a la libertad. Hélo ya de retorno, más blancos los cabellos, más blanca la barba sobre aquel chaleco oscuro, cerrado hasta arriba como un alzacuello sacerdotal; más encendidos los ojos tras los cristales de las gafas... Y allá, a lo lejos, le aguarda su Castilla, no menos suya que Vizcaya; «Castilla la gentil», con sus campos de labor y sus encinas, sus campanarios grises y las cúpulas de la catedral en la vieja ciudad universitaria... «¡Oh Salamanca, entre tus piedras de oro!...»

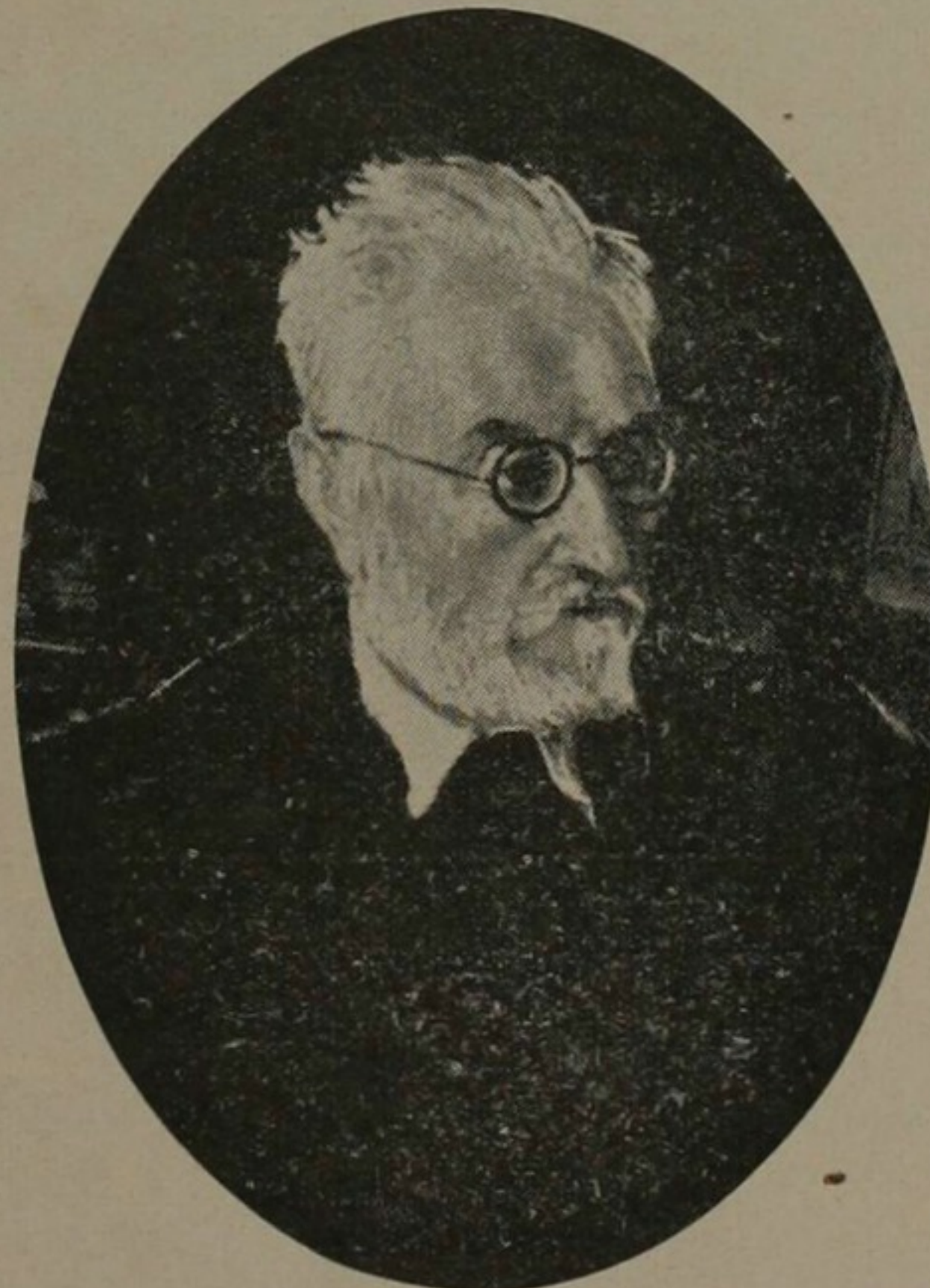
«¡Más a gran honra tornaremos a Castiella!...» La vuelta de Unamuno a España tiene un valor nacional. Es Unamuno, en primer término, un gran patriota. En su alma y en su pluma la patria adquiere un sentido mucho más profundo que el que suele tomar en labios retóricos. Sin Unamuno no estaría completa España. Y también esta afirmación encierra más hondo sentido de lo que a primera vista parece.

Pensemos un instante que España, como principio espiritual, reside en nuestras conciencias. La comprendemos, la interpretamos, la amamos. Cada español, todos los españoles llevamos en el alma la idea de España. Pues bien: si cada uno de

La vuelta del expatriado

Unamuno en España

=De *El Sol*. Madrid=



Miguel de Unamuno

Retrato de Maurice Fromkes

nosotros analizara esta idea, su concepto de España, su visión de España, hallaría que, acaso sin sospecharlo, había en ella muchas notas y rasgos que, directa o indirectamente, proceden de las páginas de Unamuno. Aun los que no las leyeron, cuando se ponen a hablar del carácter español, o del paisaje castellano, o del Quijote y nuestros clásicos, o de lo castizo frente a lo europeo, o de cualquiera de nuestros problemas morales, utilizan, sin saberlo, puntos de vista, formas del pensar, frases enteras que, en último término, tuvieron su origen en aquella amplia celda de Unamuno, en la casa rectoral de la Universidad de Salamanca... Por eso, sin él estaría España internamente incompleta.

¡Albricia, Alvar Fañez de Minaya! Helo ya aquí. No está ya la patria idealmente mutilada. La tierra que él pisa es tierra española. Helo aquí, caminando y dialo-

gando como antaño, repitiendo la ruta de su juventud entre los montes vascos y las torres de Castilla...

«Echados somos de tierra...» Recordemos ahora a Unamuno emigrado en París, después de su deportación a Canarias.

Aquella sala, un interior muy francés, se hallaba en un viejo rincón de la *Cité*, entre la mole gótica de Notre-Dame y las aguas oscuras del río, donde oscilaban las luces nocturnas. Allí había una pequeña reunión literaria a la que Unamuno estaba invitado. Presidía, con su autoridad espiritual, el austero Paul Desjardins, que nos recordaba un poco a nuestro Giner de los Ríos. A su lado, escritores todavía jóvenes, conciencias en vela, como Martin du Gard o como Baruzzi, el historiador de San Juan de la Cruz.

Poco a poco fueron quedando todos en silencio, pendientes sólo de la voz de Unamuno. Hablaba de España, de su España, del misticismo ibérico, del ansia de eternidad. Animándose progresivamente, de la prosa ascendió al verso. Iba traduciendo al francés, frase por frase, algunas de sus poesías. La misma rigidez de la versión improvisada daba mayor fuerza a los pensamientos y las imágenes.

¡Qué evocación de temas españoles! De la penumbra de alguna de nuestras capillas parecía surgir la santa imagen del Crucificado, escultura primitiva, con el duelo de los negros cabellos sobre el rostro, lleno de sangre el lacerado cuerpo, torcido sobre el madero del dolor... Y luego brillaba a la luz del cielo castellano aquella inolvidable carretera de Zamora desde donde se contempla, allá abajo, como un remanso de paz, la histórica Salamanca requemada de sol y patinada de siglos...

¡España! ¡España! Era España que Unamuno sacaba de su alma así, de pronto, al conjuro de unas estrofas que, al fin, ya don Miguel recitaba en la propia lengua original, allá lejos, junto a los muelles cosmopolitas del Sena...

Era España, Salamanca, el campo de San Francisco, la chopera del Tormes y las sobremesas en su cuarto de trabajo, en aquella casa contigua a la Universidad... ¡Veinte años antes! La reunión de